



Colección particular Cristo de la Misericordia
Manuel Navarro Siles

EL ITINERARIO DE LA TRANSFORMACIÓN

El filósofo chino Lao Tse nos recuerda que incluso un trayecto de mil kilómetros debe comenzar por un solo paso. ¿Cuál es, pues, el primer paso del itinerario de la transformación cristiana?

Los cristianos hemos aplicado diversas palabras a ese primer paso: conversión, purificación, arrepentimiento..., por citar sólo algunas. Jesús también se refirió al primer paso con distintos términos. Algunas veces animó a la gente a arrepentirse de sus pecados; otras veces les pidió que le siguieran; y en ocasiones les pidió simplemente que le permitieran sanarlos. Todo parece invitar a la misma respuesta: la muerte del antiguo reinado del yo y el despertar de una nueva vida de entrega al Amor Perfecto.,

Emprender el camino de la transformación espiritual cristiana requiere un encuentro con el Dios vivo, encuentro que puede ser gradual o repentino, pero implica siempre dar la media vuelta y despertar.

Dar la media vuelta es el arrepentimiento, que, sin embargo, nunca consiste meramente en volverse para apartarse de algo (el pecado o una manera de vivir), sino que debe siempre implicar también un volverse hacia algo. El arrepentimiento cristiano es volverse hacia Jesús.

La experiencia de María Magdalena en el sepulcro de Jesús la mañana de la resurrección proporciona una expresiva imagen de ese volverse (Jn 20,11-18). Describamos el momento.

María está fuera del sepulcro, anonadada por el dolor; peor aún: aturdida y asustada. Por su mente pasan los dramáticos acontecimientos de los últimos días. Siente de nuevo la puñalada del dolor al recordar que Jesús —Aquel que le había devuelto su vida— ha muerto. Y ella siente que su vida ha finalizado con él.

Ahora acaba de descubrir que el cuerpo de Jesús ha sido sacado de la tumba, lo cual incrementa su agonía. Lo único que puede hacer es llorar.

De pronto se presenta alguien que ella supone que es el encargado del huerto, y aquel extraño le dice una sola palabra: su nombre. Ella reconoce la voz al instante: es la misma voz que le había asegurado su amor; es la voz de su amado Jesús.

Al instante, María pasa de la desesperación a la esperanza. El dolor se torna en gozo, y la vida surge de nuevo en su cuerpo y en su espíritu.

La esencia del volverse de María fue el arrepentimiento: volverse hacia Jesús y aceptar el don de su amor. Pero María ilustra también el despertar espiritual. Primero se volvió hacia Jesús y después lo reconoció. Fue el reconocimiento lo que le devolvió la vida, pero primero tuvo que volverse hacia él. Cuando lo reconoció, los ojos se le abrieron de repente, no sólo sus ojos físicos del reconocimiento, sino sus ojos espirituales de la consciencia. De repente recordó lo profundamente amada que era, y de repente supo que no estaba sola. Nunca podrían volver a quitarle a su Señor; nunca volvería a estar sola, porque se había reunido con el Amado de su alma.



Volverse hacia Jesús es la esencia del arrepentimiento, porque es la única posibilidad real de apartarse del pecado. Volverse hacia Jesús hace ver también claramente que el arrepentimiento debe ser algo continuo, que debe convertirse en una manera de vivir.

La llamada de Jesús a cada uno de nosotros es un llamamiento a ser conscientes de su presencia, volvernos hacia él y entregarnos a su amor. Ésta es la llamada que me dirige todos y cada uno de los días de mi vida. Y no puedo responder de una vez por todas. Como decía Antonio, el padre del Desierto: «Cada mañana debo decirme de nuevo a mí mismo "hoy comienzo"».

La conversión es un proceso de transformación _que dura toda la vida y que consiste en ser rehecho a imagen de Dios. Es mucho más que tratar simplemente de evitar el pecado. El centro del arrepentimiento y la conversión es Jesús, no mi pecado ni mi persona.

Mi apego a los modos pecaminosos de ser es demasiado fuerte para acabar con él únicamente a base de fuerza de voluntad. No existe sucedáneo de la entrega al amor divino como combustible que impulse ese desapego. El amor divino transforma tanto mi corazón como mi voluntad; el amor divino me hace posible preferir la voluntad de Dios a la mía. Sin él, el arrepentimiento no será más que un plan de autoayuda basado en el esfuerzo y la decisión.

La conversión cristiana es el proceso de cambio más radical de la historia humana. MUY por encima de un mero cambio de las apariencias externas de nuestra vida, es una remodelación de todo nuestro ser. El alcance de la transformación que conlleva hace palidecer incluso las pretensiones más exageradas de la psicología terapéutica.

Pero si el encuentro con el amor divino es realmente tan transformador, ¿cómo es que tantos de nosotros hemos salido de tales encuentros relativamente inalterados? Parece que la experiencia del amor —incluso del amor de Dios— no siempre tiene consecuencias transformadoras. Es importante comprender por qué es éste el caso si vamos a permitir nuestro encuentro con el amor divino de modos que lleven a un verdadero cambio.

David G. Benner, Entregarse al amor. Descubrir el centro de la espiritualidad cristiana, Sal Terrae 2009.